

MÁLAGA

MEMORIA HISTÓRICA / MARÍA NAVARRO

La autora aborda la cuestión del olvido y las interrogantes abiertas en España en relación a las víctimas de la Guerra Civil

De la memoria y el olvido

TRIBUNA

«Entre los fenómenos de la conciencia, el mecanismo de la memoria es, para mí, el milagro más temible y misterioso», dice Sándor Márai en su obra autobiográfica *Tierra, tierra*. Manifestación que me ha evocado la cuestión del olvido y las interrogantes abiertas en España, desde que se aprobó la Ley de la memoria histórica, en relación a las víctimas de la Guerra Civil Española y la necesidad de darles lugar, poner nombre y enterrar los cuerpos que fueron abandonados tras su muerte en lugares desconocidos o silenciados.

Hechos que están íntimamente vinculados a otro tan complejo y revelador como es la responsabilidad de cada sujeto en el acontecer de la historia. Tanto en relación a su decir y a sus actos, como a su silencio. «El milagro más terrible y misterioso», dice Márai. «Milagro», porque es impensable, podemos añadir; «temible», porque compete al sujeto, tiene que ver con su decisión y su manera de afrontar un *real* de su historia y de la del tiempo que le tocó vivir; no sólo a él sino a la serie en la que se inscribe como sujeto; «misterioso», porque evoca lo extraño, pues está en vecindad con aquello que obedece a una sustracción que por no afrontar o tolerar el sujeto no sabe que sabe y que más tarde aparecerá en la historia como aquello que solamente deja una huella pero que también vuelve como un sintentido a descifrar –es el retorno de lo reprimido freudiano sobre lo que Lacan volverá posteriormente–.

Maneras de responder que nos muestran cómo la memoria y el olvido que en esta se inscribe están vinculados a la ética de cada sujeto. Vinculación en la que indaga la clínica del psicoanálisis y que toma su valor de verdad cuando asistimos a las manifestaciones que, cada vez con menos pudor, acompañan a los individuos contemporáneos en su capacidad para desentenderse de la ley que sostiene la responsabilidad subjetiva. El problema al que se enfrenta la sociedad contemporánea, y en particular la sociedad española,



Fosa común en el cementerio de San Rafael.

la, con el ejemplo de esta memoria histórica es que retornará siempre y según cómo, con más fuerza. Pues la responsabilidad en la existencia implica la manera en que los hechos que sucedieron, o debieron suceder y no sucedieron, y las palabras que se dijeron, o dejaron de decirse, al cabo de los años, de forma sintomática retornan.

Y al volver, como en las obras de Márai, pueden venir acompañados de la desbordada fuerza de un presente donde por fin se comprenden muchas cosas, o se padece, en sus múltiples formas sintomáticas, entender qué es lo que hay que hacer cuando ya poco queda por hacer. No siempre el curarse de unos hechos es cuestión de tiempo, porque el tiempo ayude a olvidar, sino que en ese tiempo transcurrido se articula el retorno.

Por esto me resulta de una total irresponsabilidad política y social que se preste oído a que hay que eludir ese lugar que se pide para el reconocimiento. Opción insistente en muchos sectores discursivos del país, que se acompaña además con

la coetilla de que traer el recuerdo es remover algo que sólo servirá para enfrentar a la tranquila ciudadanía española. Cuando de lo que se trata, es de dar un lugar simbólico, y de asumir la responsabilidad de unos hechos. Se trata de dar un lugar desde la ley a aquellos que fueron «silenciados» no sólo ante la ley del derecho –pues hay unos responsables directos– sino ante la ley del sujeto que es el que teje el porvenir.

El asesinato, el despotismo, el abandono, el robo, en lo más profundo de sus significados, y bajo cualquier bandera, atañen a la dignidad, no pasan de largo por callar o justificarse una y otra vez

con argumentos que remiten a un registro de poder y rivalidad que siempre quedará en una parcela imaginaria; por obviar, disimular o directamente censurar su denuncia no se elimina el peso del pasado.

No sólo se trata de enterrar dignamente a los muertos y callar el resto de indole culpable (a estas alturas seguir viendo en los cementerios españoles esas listas de muertos, carne de los vencedores, bajo el epitafio «por Dios y por España» resulta casi una burla). Pues de no ser así lo silenciado volverá con la fuerza que toma aquello que fuera reprimido o excluido. Fuerza que va más allá del control, la voluntad y del saber consciente. Y no sólo en aquellos que padecieron directamente los efectos de la contienda sino también en las elaboraciones que de ello hicieron las generaciones posteriores.

Nos guste o no, estarán inscritas en las palabras que hacen a un país y a la historia de los hombres, aquí y en cualquier lugar. La escritura de la memoria forma parte medular de la construcción de un

pueblo. Rechazarlo implica que se tratará entonces de una historia en la que el agujero del olvido, como mínimo, puede convertirse en el retorno de la vergüenza. Y ésta siempre hace su trabajo. Que no es otro que el de la pobreza subjetiva de lo que no asumió: la responsabilidad de reconocer el error de creerse dueño de la verdad, del pensamiento y de los cuerpos.

No deja de impresionar, llamando a una reflexión, cuando nos encontramos con palabras como estas publicadas en el diario ABC de Sevilla en 1937: «Pronto sonará, porque el General Queipo lo quiere, la hora expiatoria de los crímenes cometidos en Málaga la Bella, Dolorosa, de este calvario de la Crucifixión de España... Óigalo el mundo civilizado, si oídos tiene. Óigalo la cristiandad universal, escarnecida por Moscú y sus sicarios. España cierra el paso a las hordas asiáticas formadas por pelotones de fantoches en ese gran guñol judío, cuyos hilos sutiles se mueven desde el Kremlin...», y que seguramente se vertieron con la fuerza de su delirio sobre muchos de los que aun hoy descansan en las cunetas o en los cimacios de un mausoleo.

Muertos que fueron y no están pero que son el testigo silencioso y cuerpo inexistente de esa memoria. Órdenes, y restos de este país que pareciera que muchos no pueden vincular con esta memoria ni con el deber implícito y la responsabilidad legal y política, ¡no digamos ética!, que de ello tiene cada uno de los que llevaron a cabo cada sentencia, el golpe militar y aquellos que lo posibilitaron y secundaron. Resulta paradójico que un país que ha sido capaz de denunciar los crímenes ajenos y juzgarlos no se pueda interpelar para juzgar los propios. Los hechos acaecidos por los pasados golpes militares en Chile y Argentina y juzgados por la vía penal en España son testimonio de ello.

¿Qué credibilidad tendremos ahora como país cuando se frena el trabajo de aquellos que intentan volver la mirada hacia los hechos y piden reconocimiento legal para los olvidados, aduciendo falta de competencias? No deben conocer que hay un retorno y que lo que vuelve toma la vía sintomática, que puede ser de pobreza, pobreza histórica, de desarraigo, de superficialidad. ¿Qué dignidad para la juventud futura?

María Navarro es psicoanalista, escritora y editora en Málaga.